

NOVELA

«MAGDA AGUILAR», NOVELA por
Delie Rouse. 1931.

Parece que un excesivo amor a todo lo francés indujo a la señora Delia Rojas a traducir su nombre españolísimo. Tan sólo así se explica un seudónimo asaz original. La señora Delia Rojas ha elegido una máscara casi transparente para hacer su jornada literaria con humildad. Pero puso quizá demasiado espíritu en la búsqueda del seudónimo, pues durante la lectura de su librito éste nos persigue como una idea fija, como un moscardón. Ya que la obra comentada es tan lisa, tan parva de contenido esencial, nos vemos obligados a hacer jurisprudencia sobre la firma del autor, que debe responder de lo que a su sombra se cobija, y que, en realidad, no lo desmiente.

Las máscaras con que los actores griegos denotaban su carácter llamábanse «personas». Estereotipaban con gestos inmóviles las diferentes pasiones. El seudónimo del autor de «Magda Aguilar» es todo una persona... Y si éste hubiese escondido un poco más las manos para mover a sus personajes, de por sí desleídos, habría alcanzado un relativo acierto, dentro de una suave medianía. En «Magda Aguilar» sucede lo estrictamente necesario, y no gracias a un espíritu de síntesis, sino porque su autor se propuso llenar unas pocas páginas, teniendo en cuenta de que no se toleran hoy los novelones por entregas. La se-

ñora Delia Rojas posee entonces un cierto y determinado tino. Pero la lista de sus libros publicados y por publicar es crecida. No obstante, alabamos la bella actitud de esta dama que, cuando comenzaba a brotar el verdadero interés por la cultura en la mujer chilena, se empeñó en fomentarlo. Sus libros son los nuevos aportes de un tesoro ejercicio. Si el sentido de sus páginas queda bajo el dominio de la inanición, su forma es correcta. Pero «Magda Aguilar» está mucho antes de la novela.—*C. Valier B.*

SAINT - SATURNIN, por *Jean Schlumberger*.—N. R. F.—1931.

La excelente novela que Jean Schlumberger, el amigo de Proust y de Gide, acaba de publicar con el nombre de Saint-Saturnin, constituye un pequeño acontecimiento dentro de la vida literaria francesa de los últimos años que, a pesar de los diversos concursos incitantes, sigue opaca y sin relieve.

No es, claro está, una obra maestra en el sentido clásico. Debemos resignarnos a vivir, entre tanto, uno de esos como remansos de la vida literaria en que el genio francés reposa entre uno y otro parto grandioso con obras correctas, obras que no hacen época y que una época produce para que con ella terminen ni representativas, ni disonantes, que son el «plato del día» del apetito literario.

Pero si la novela de Schlumberger no es tal vez una obra trasdental, está en cambio animada de un efec-

tivo soplo poético, plantea y resuelve algunos interesantes problemas de técnica e introduce una manera que es novedosa y distrae de la retórica novelesca usual. Relato, diálogo, paisajes, cartas, visión psicológica, meditación, todo se sucede con un desorden aparente—sólo aparente: Schlumberger es francés!—que da al libro una agilidad y una diversidad gratas.

La trama se desenvuelve desde distintos puntos de vista que permiten una visión casi integral, casi sinfónica, de los acontecimientos. Los acontecimientos se desarrollan en Saint-Saturnin, finca de los Colombe, de cuatro generaciones de Colombe. El viejo Colombe, hombre de empresa, carácter enérgico, después de la muerte de su mujer comienza a presentar síntomas de locura senil, deseos de realizar una empresa grandiosa de la que habla con misterio, y a comprometer seriamente los intereses de sus hijos.

De sus hijos, Luis lo sucede en la gerencia de los negocios: es el hombre de empresa, el hombre moderno que desayuna en París, almuerza en Bruselas y come en Múnich; Nicolás administra la finca: es el hombre de la tierra, reflexivo, culto, fino, incapaz para la acción; y Jourdain, esposa de un diplomático, es la mujer, la madre. Los tres soportan la locura del anciano, con una sobriedad de aristócratas de raza, y tratan de impedir sus consecuencias estrechando alrededor de su padre un círculo de previsión, de cortesía, de desconfianza, de pequeñas intrigas leales. Temen, más que la ruina a que el viejo los

precipita con sus manejos, tomar contra él una actitud definida de rebeldía.

Al cabo de un año de inquietudes, en que pasan mil pequeñas cosas, y no pasa nada, el hijo de Jourdain, joven oficial impetuoso, llega del Africa, y precipita la sutil situación, desbaratando un proyecto de fuga del anciano.

Esos son los acontecimientos que sirven de pretexto a la obra. Por cierto que el interés no está en ellos, sino en lo que no pasa, en lo que ni sucede en la realidad objetiva y palpable, está en el ambiente, admirablemente sugerido, en las mutuas reacciones de unos y otros personajes, en la poesía delicada y penetrante que fluye de toda la novela. La imagen del viejo Colombe destaca en el recuerdo, solemne, casi trágico, como la de un rey Lear. Pero como la de un rey Lear abandonado por otros hijos en un siglo hostil a la leyenda, a la poesía, aun a la tragedia. Y está hecha, en la realidad de la novela, de pequeñas escenas truncas, de frases, de situaciones a menudo ridículas, de mosaicos dispersos que organiza la imaginación del que lee.

La novela se divide simétricamente en cuatro partes, que llevan por nombres los de las cuatro estaciones del año. El paisaje, el campo que habla y vive en cuatro tonos distintos, el clima psicológico de los personajes y hasta el retardo o el apresuramiento de la acción, sintonizan perfectamente con el nombre de las partes a que corresponden. Esta armoniosa disposición no es, por cierto, uno de los menores

méritos de este libro hábilmente construído.

Hay, además, en él, deslizados sutilmente entre la trama, palpitanes problemas de vida que surgen de antítesis o de discretos símbolos: la oposición entre Luis, el hombre moderno, el hombre faústico, como diría un spengleriano, y Nicolás, el hombre de la tierra, el hombre eterno; la oposición entre el viejo Colombe, deseoso de continuar su vida ya perfecta, y su hijos cuya vida sus deseos pretenden en vano disminuir: el espíritu de la ciudad contra el espíritu del campo, la querrela de las generaciones...

Hay un tacto infinito en la manera como Schlumberger plantea y desarrolla sus tesis. Escribir una novela de tesis destinada a los hijos de los primeros lectores de Bourget es toda una empresa. Pero Schlumberger sale del paso airoosamente: «Saint-Saturnin» es una hermosa defensa de la tierra, la aspiración intelectualista y mesurada del hombre decadente hacia la tierra prometidora de paz.

A pesar de la inteligencia aguda y previsoras y del sentido artístico que revela la construcción de esta novela, de la trascendencia y oportunidad de su tesis, de la acuidad de la visión psicológica y de la sobria brillantez del estilo, hay en ella un no sé qué de no logrado, de no perfecto, de levemente angustioso: tal vez la poesía que pugna por manifestarse, se manifiesta en unos cuantos párrafos vivificantes y se contrae después ante el temor de caer en el lirismo, tal vez el sentir que era posible, con tan excelentes

instrumentos, haber penetrado más adentro en la realidad de la vida, y haber puesto en las ideas una sincera violencia, y el constatar que una preocupación estética e intelectualista empañó a veces la visión del intuitivo y debilitó la expresión del pensador.

«Saint-Saturnin» es la obra de un talento maduro, pero demasiado impregnado de las delicadezas de la decadencia, lleno de mesura, de equilibrio, de penetración, pero sin fuerza ni vigor.—V.

CORTESANA DE DÍA, (novela).—
José Kessel. (Editorial Colón. Madrid).

Entre los escritores franceses contemporáneos, ocupa un lugar singularmente destacado J. Kessel, judío-ruso, formado en el ambiente cultural francés, cuya obra presenta cualidades poco comunes: abundancia y sobriedad de expresión, fuerza trágica contenida en una severa disciplina formal, pasión por los problemas del alma. Libros como «L'équipage», «La Estepa Roja» y «Corazones Puros», le han dado un firme prestigio artístico.

Acaba de llegar a nuestras librerías su novela «Belle de jour» que obtuvo el gran premio de la Academia Francesa. Es una novela desconcertante, de alta calidad psicológica que se desarrolla en una zona turbia, cargada de oscuros y terribles conflictos, dominada por una especie de fatalidad interior. Un complejo morbos, oculto durante largo tiempo bajo la rutina